

El silencio del cuerpo: la creación de un espacio de comunicación a través de la psicomotricidad relacional

Dra. Josefina Sánchez Rodríguez

Profesora Titular.
Universidad de La Laguna
(jsrodri@ull.edu.es).

Dra. Talia C. Morillo Lesme

Profesora Laboral Interina.
Universidad de La Laguna
(tmorillo@ull.edu.es)

Dr. Miguel Llorca Linares

Profesor jubilado.
Universidad de La Laguna
(mllorca@ull.es)

Este artículo se refiere a un trabajo que se centra en los trastornos de inhibición psico-motriz, desorden que está acompañado en muchas ocasiones por mutismo. El origen de este trastorno es, en la mayoría de las ocasiones, de tipo emocional, guardando relación con la falta de establecimiento de un apego seguro, que lleva a las personas a impedir la expresión de acciones, emociones y/o palabras. El objetivo es reflexionar sobre la intervención en psicomotricidad relacional con las niñas y niños caracterizados por la inhibición psico-motriz. Realizamos un estudio de caso único en el que se analiza la historia de vida de una niña de 11 años afectada de una gran apatía, inmovilidad y mutismo. Ante las necesidades detectadas iniciamos la intervención siguiendo la metodología de la psicomotricidad relacional, con el propósito de movilizar su cuerpo, sus emociones y reforzar las relaciones vinculares. El análisis de las sesiones nos ha permitido describir las estrategias de intervención, así como los cambios acontecidos en el caso de estudio. Hemos desarrollado dos sesiones semanales de forma individual durante un período de siete meses.

Iniciamos esta exposición realizando una justificación teórica sobre la inhibición psico-motriz, para poder analizar cómo es la expresividad en un estudio de caso único y, posteriormente, presentar brevemente en qué han consistido la intervención psicomotriz y los resultados obtenidos.

Introducción

La inhibición psicomotriz fue definida por Ajuriaguerra (1977) como un trastorno psico-motor situado entre lo neurológico y

lo psiquiátrico, que en ocasiones puede ir asociado a la psicosis o esquizofrenia; pero, al contrario de lo que ocurre en otros síndromes neurológicos clásicos, no responde

a una lesión central, sino que se relaciona con el desarrollo emocional, la capacidad de orientación, la gestualidad y el lenguaje. El concepto de inhibición implica detener, retener, impedir la expresión de acciones, emociones y/o palabras.

Desde la psicomotricidad, cuando se aborda la inhibición psicomotriz se intenta comprender qué fallas han podido existir en la construcción de la identidad, en el desarrollo del narcisismo y la adquisición de la seguridad interna que tienen lugar a partir de las relaciones de apego primarias y secundarias. Entre las causas posibles de estas fallas podemos encontrar las siguientes:

- Actitudes de sobreprotección que limitan la expresividad del niño.
- Actitudes de abandono que generan incapacidad de pedir y comunicar con el otro.
- Actitudes de rechazo y maltrato que se inscriben como huellas de displacer que afectan a la construcción de la totalidad corporal y la identidad del sujeto.

En la inhibición, para evitar el terror de las angustias que le genera una relación con el otro y con el entorno, la persona anula la sensibilidad y desaparece la posibilidad de experimentar el placer de existir, de actuar.

La inhibición psicomotriz se acompaña de diferentes manifestaciones físicas y emocionales que se encuentran asociadas a diversos trastornos mentales que podemos encontrar en manuales diagnósticos como el CIE-10 o el DSM V, tales como la catatonia, la depresión grave, el trastorno reactivo del vínculo y el mutismo selectivo.

Desde un enfoque psicomotor, la inhibición se hace presente cuando el niño no ha podido construir un yo piel que le permite luchar contra la invasión de las angustias arcaicas. Ello provoca que la persona deje de expresarse a través de su cuerpo y

su movimiento, entrando en la atonía, el silencio y la inmovilidad (Bick, 1968). El movimiento es sinónimo de vida y la falta de este guarda relación con el sufrimiento psíquico, con las dificultades en la construcción de un continente psíquico que permita la elaboración de las angustias. La paralización grave del deseo de acción detiene la búsqueda del objeto y de la unidad de sí mismo (Aucouturier, 2004).

Fruto de la fragilidad de este continente psíquico, en la inhibición se encuentra presente la angustia de caída, asociada a vivencias de una separación dolorosa que provoca la resistencia a las sensaciones tónico-emocionales. También se encuentra presente el miedo a los desequilibrios que refleja la dificultad vivida en el sostén del otro y en la propia capacidad para sostenerse. En la inhibición psicomotriz nos encontramos con un cuerpo dominado por el dolor y el miedo, que no puede ser el instrumento de relación con el mundo. La inhibición motriz va siempre asociada a una retención emocional, que expresa una depresión profunda por la dificultad para hacer, para decir, para poner en marcha los fantasmas de acción (Aucouturier, 2004). Existe en estos casos una gran herida narcisista que se evidencia como niños inseguros, sin placer, que no actúan, no sueñan, no piensan, porque no han sido reconocidos y no pueden reconocerse (Lapierre, 2015).

En las manifestaciones de su expresividad observamos a menudo comportamientos obsesivos en la manipulación de objetos pequeños o en sus representaciones, así como el uso de elementos repetitivos que les ofrecen seguridad y serenidad, pero sin poder llegar a aceptar la destrucción y la transformación que implican una actitud de afirmación ante la vida. La expresión de la agresividad es explosiva cuando aparece, debido a la dificul-

Desde la psicomotricidad, cuando se aborda la inhibición psicomotriz se intenta comprender qué fallas han podido existir en la construcción de la identidad, en el desarrollo del narcisismo y la adquisición de la seguridad interna que tienen lugar a partir de las relaciones de apego primarias y secundarias.

Generalmente, las niñas y niños con inhibición manifiestan, en consecuencia, un alto nivel de inseguridad, que ocasiona la necesidad de la mirada aprobatoria del adulto continuamente. Suelen bloquearse o decir que no saben, debido a la gran dificultad para expresar lo que quieren, desean o necesitan; es difícil para ellos tener iniciativa.

tad para sostener sus sentimientos de malestar, ya que su emoción está muy reprimida al no permitirse el niño inhibido ninguna expresión de su capacidad de acción.

La persona con una herida narcisista motivada por vivencias humillantes o debido a un sentimiento de traición o de abandono, corre el riesgo de entrar en una vivencia depresiva, contraria a las vivencias de exaltación, a la depresión mayor, prevaleciendo la infravaloración: “yo no soy nada”. El yo frágil tendrá dificultad para vivir las rupturas y sentirá una gran soledad, no teniendo más el soporte que le realce narcisísticamente (Lapierre, 2015).

Generalmente, las niñas y niños con inhibición manifiestan, en consecuencia, un alto nivel de inseguridad, que ocasiona la necesidad de la mirada aprobatoria del adulto continuamente. Suelen bloquearse o decir que no saben, debido a la gran dificultad para expresar lo que quieren, desean o necesitan; es difícil para ellos tener iniciativa. Suelen ser niñas y niños obedientes, mostrando una mayor dificultad en transgredir y oponer-se; el control emocional continuo al que se someten ocasiona que tengan respuestas explosivas de frustración en los entornos donde se sienten más confiados, generalmente en el ámbito familiar, y muestren alteraciones tónicas que afectan a su postura, coordinación y equilibrio.

La dificultad para mostrarse socialmente genera que les cause gran ansiedad el ser objeto de la mirada o el reconocimiento de los otros; y, aunque externamente solo observamos inmovilidad, internamente pueden estar extremadamente ansiosos.

Historia de vida

Presentamos a continuación la reconstrucción de la historia de vida de Dácil, ela-

borada a partir de varias entrevistas a su madre, su padre y al equipo educativo del colegio en el que está actualmente.

Dácil es originaria de un entorno cultural muy diferente al nuestro. A pesar de que vive en nuestra comunidad desde que nació, ha sido costoso extraer la información sobre su historia, ya que su familia no domina bien nuestro idioma, mostrando dificultades para la comprensión de las preguntas que vamos haciendo, y para encontrar las palabras adecuadas que describan cómo es su hija. Además de una niña con mutismo, nos encontramos con la dificultad de una familia poco comunicativa, que muestra tendencia a decir que todo va bien en casa y todo va mal cuando sale de ella.

Dácil llega a la sala de psicomotricidad derivada por el equipo educativo del centro escolar, al llevar ya varios años escolarizada y no mostrar ninguna evolución en su integración grupal y vida relacional con sus iguales. Es valorada por el equipo del Servicio de Psicomotricidad de la Universidad de La Laguna en junio, e inicia la intervención en septiembre de 2015, cuando tiene 11 años. La intervención se prolonga durante siete meses, con bastantes ausencias en una de las dos sesiones semanales por motivos laborales. Después de esos siete meses parte de la familia vuelve a su país de origen, por lo que se suspende de forma precipitada y sin previo aviso la atención que se estaba ofreciendo a la niña. Un nuevo episodio de ruptura, de vivencia de un desarraigo para esta frágil estructura de personalidad.

En las entrevistas realizadas a su familia destacamos los siguientes aspectos:

Desde su nacimiento ha sido una niña por lo general tranquila. Cuando era pequeña

El silencio del cuerpo: la creación de un espacio de comunicación a través de la psicomotricidad relacional

se atrevía más a conseguir diferentes logros motores, pero en la actualidad, ya no. Fuera del hogar se mueve si la llevan de la mano. En casa prefiere estar la mayor parte del tiempo sentada viendo la televisión. Nunca ha sido una niña decidida.

Estos datos nos hacen pensar en una tendencia originaria, como comenta Wallon, a la inactividad presente en su estructura de personalidad. Wallon (1982) señala que nacemos con una predisposición innata a la paralización o a la acción en los momentos de estrés y tensión. Esta estructura inicial viene marcada por la ruptura y la pobreza en la construcción de un diálogo tónico inicial (Franch, 2001), y por las actitudes de defensa ante un entorno que genera ansiedad y sufrimiento (Schnidrig, 2006).

Al preguntar sobre su historia, su familia comenta que nunca ha sido una niña muy expresiva. Su ritmo al hablar ha sido más bien siempre lento. No es capaz de mantener una conversación sostenida y fácil; solo se mantiene si se trata de una conversación dirigida a través de preguntas aunque, a veces, no responde a los primeros intentos. No cuenta cosas de forma espontánea sobre lo que le ha sucedido o ha hecho fuera. No mira a la cara cuando se dirige a ella, aunque cuando era pequeña sí lo hacía.

En esta descripción de la niña destacamos cómo en el ámbito familiar, pese a ser un entorno seguro para ella, muestra dificultades para el desarrollo de la comunicación social, mostrando también una actitud introvertida con dificultad para compartir sus vivencias.

Nació a término en un parto sin complicaciones. Fue alimentada con lactancia materna durante los tres primeros meses de vida. De bebé era tranquila, no lloraba ni

demandaba mucho. Le gustaba que la cogieran en brazos.

Su capacidad de comunicar, de establecer un diálogo tónico donde reclamar la presencia del otro se encontraba limitada. Desde el inicio parece ser una niña con dificultades para pedir y para expresar sus necesidades.

Come bien y de todo, aunque cuando era pequeña le costaba aceptar determinadas texturas y rechazaba los tropezones. En la actualidad, si ya ha comido un tipo de alimento, no quiere repetirlo en otras de las comidas de ese mismo día, tampoco tolera que nadie toque o pruebe su comida.

Una de las demandas más claras desde el momento del nacimiento es reclamar el alimento mediante el llanto cuando se tiene hambre, pero este momento de respuesta ante una necesidad biológica no solo permite calmar la angustia producida por el hambre, sino también una comunicación afectiva primaria a través del intercambio tónico entre la madre y su hijo. La alimentación genera no solo bienestar físico, sino que además, dependiendo de la posibilidad de establecer un diálogo tónico (Wallon, 1982) se propicia la vinculación afectiva y, a través de la respuesta de una madre suficientemente buena (Winnicott, 1990), favorecer el proceso de construcción de la identidad como persona.

Las dificultades de Dácil para reclamar la presencia del otro y para aceptar desde pequeña determinadas texturas, empezar a masticar como muestra de un primer acto de afirmación y transformación agresiva, unidas a sus manías actuales de no repetir un alimento el mismo día, son muestras de su temor temprano a recibir lo que llegaba desde su entorno; tal vez porque nunca se afianzó una relación primaria segura.

Wallon (1982) señala que nacemos con una predisposición innata a la paralización o a la acción en los momentos de estrés y tensión. Esta estructura inicial viene marcada por la ruptura y la pobreza en la construcción de un diálogo tónico inicial (Franch, 2001), y por las actitudes de defensa ante un entorno que genera ansiedad y sufrimiento (Schnidrig, 2006).

Ante un entorno amenazante, estas niñas y niños despliegan un repertorio de comportamientos con la finalidad de mantener el control de lo que sucede a través de acciones o pensamientos obsesivos. El temor a los cambios y a las transformaciones se observa en la tendencia de Dácil al orden y la limpieza. Esta actitud también es una forma de garantizar un lugar en la familia como una buena hija; sin duda, un lugar de pasividad pero, al fin y al cabo, un lugar.

Actualmente no sostiene la relación corporal; no le gusta dar ni recibir besos o abrazos. Con tres años rechazaba los abrazos de su padre. Es poco afectiva; dice que están sucios cuando rechaza el contacto. Busca consuelo cuando se hace daño y permite el cuidado de su madre.

En este fragmento se confirman las dificultades de la niña en las experiencias primarias de relación, mostrando temor o rechazo al encuentro afectivo. Solo cuando existe un daño real permite la ayuda de su madre.

Tiende a ser muy ordenada; recoge lo que sus hermanos van tirando; se queda en-simismada con la limpieza.

Ante un entorno amenazante, estas niñas y niños despliegan un repertorio de comportamientos con la finalidad de mantener el control de lo que sucede a través de acciones o pensamientos obsesivos. El temor a los cambios y a las transformaciones se observa en la tendencia de Dácil al orden y la limpieza. Esta actitud también es una forma de garantizar un lugar en la familia como una buena hija; sin duda, un lugar de pasividad pero, al fin y al cabo, un lugar.

Por circunstancias familiares fue separada de sus padres con cinco años y se fue a vivir con su abuela y sus dos hermanos a su país de origen, permaneciendo separada de sus progenitores durante dos años. En esta etapa tuvo su primer gesto de modificación postural y mutismo mostrándose catatónica. Cuando sus padres van a buscarla, muestra orgullosa todo lo que ha aprendido del idioma, sorprendiendo a su progenitor ante la capacidad enorme de memorizar páginas enteras de los libros.

Un vínculo establecido frágilmente se quiebra aún más ante las posibles vivencias de separación y abandono que pudo

sufrir esta niña. La inhibición y el mutismo hacen su primera aparición tras esta vivencia que pudo ser traumática. A pesar de ello, el reencuentro con su familia consigue reestablecer las competencias iniciales. Vuelve a tener lenguaje y a moverse de una forma no tan patológica. Quiere mostrar a su padre todo lo que ha aprendido: tal vez buscando ofrecer una imagen de sí misma competente y evitar de nuevo ser abandonada por no aportar nada. Esta imagen de niña capaz continúa en el hogar familiar: realiza las tareas de la casa y cuida de su hermano pequeño mostrándose habilidosa.

Antes de irse con su abuela, la adaptación al colegio fue buena. Jugaba y hablaba con pocas dificultades. Cambió de colegio al regresar con sus padres; tuvo una maestra muy autoritaria y poco asertiva con ella. Repite 2º curso de Primaria y sufre un gran retraimiento, dejando de hablar y de desplazarse por iniciativa propia en la escuela y en los entornos sociales.

Desde la escuela comentan que cuando llegó su tono de voz era alto, estaba irascible y era una niña rara. Su maestra fue poco empática. De nuevo para Dácil se acentúan las experiencias angustiosas de rechazo y ante la amenaza de su entorno, se inmoviliza y se calla. Desde el entorno escolar se comenta que probablemente también sufrió el rechazo de sus iguales ante su actitud extraña. Para Dácil, como para otros niños de esta edad, repetir curso también supuso otra experiencia de fracaso personal, añadida a la pobre imagen elaborada de sí y de su capacidad para promover el afecto y el re-conocimiento de los demás.

Al preguntarle a su familia por su comunicación y expresión en el hogar, nos comentan que Dácil no es expresiva como sus hermanos cuando juega. Cuando era pe-

El silencio del cuerpo: la creación de un espacio de comunicación a través de la psicomotricidad relacional

queña le gustaba bailar y tenía mayor expresividad. Con sus hermanos suele ceder y ser condescendiente para no enfrentarse. Su respuesta ante el malestar de sus hermanos es desbordada. Si ellos lloran, ella también. Con otros niños es indiferente. En casa se enfada si la contrarían y llora con frecuencia.

De nuevo se hace patente, en esta descripción de su historia, cómo Dácil presenta también dificultades en el entorno familiar. Tal vez su actitud inhibida se ha ido generalizando y conformando su manera de ser. De este relato nos parece significativo destacar la expresión de malestar emocional que presentan muchos niños con inhibición; su dificultad para tolerar la frustración y, especialmente, su tendencia a no poder diferenciar sus propias emociones de las de sus hermanos, adoptando una posición simbiótica con ellos.

En la actualidad a Dácil no le gusta salir de casa. No quiere ir a parques o fiestas de cumpleaños. Si está en un parque, sólo juega con sus hermanos haciendo lo que ellos le piden, pero si se le acerca alguien se paraliza. Cuando va a comprar o va por la calle, si ve que alguien la conoce, se queda inmóvil; una vez se asustó y se preocupó porque un compañero suyo de clase la vio caminar y hablar en la calle.

Este relato realizado por su madre nos lleva a pensar en la fobia social que presenta actualmente esta niña, y cómo se ha ido refugiando en una imagen de inactividad e in-competencia para defenderse ante su inseguridad. Su temor a mostrarse como una niña capaz de hablar y moverse con autonomía ante la mirada de los demás, conecta de nuevo con nuestra percepción de que la relación con el entorno es vivida como amenazante, y que su defensa radica en no hacer ni decir nada.

A pesar de todas estas dificultades, Dácil muestra buena capacidad de aprender, presenta una gran memoria y comprensión de un idioma diferente al materno. Explica a su padre conceptos como qué es imaginarse. Es autónoma con la tarea y ayuda a su hermana con la suya. Es capaz de ir a comprar y manejar el dinero.

En la escuela sus profesores manifiestan que, a pesar de tener suspendida la lengua por la falta de expresión oral, Dácil ha adquirido los contenidos propios de su nivel educativo, siendo su mayor dificultad la lentitud en la ejecución. También su familia se desespera ante esta lentitud de respuesta de la niña. Para nosotros, a pesar de todo su temor a moverse y a hacer, que Dácil continúe aprendiendo nos parece un factor positivo, porque encontramos que su inteligencia sigue intacta y le permite mantener una actitud de apertura al mundo, dejándose penetrar por nuevos aprendizajes. Encontramos en ello una puerta a la resiliencia y a su capacidad de mejorar; la posibilidad de dibujar, escribir o leer nos permite tener un canal de comunicación posible con ella.

Para finalizar la construcción de su historia de vida, nos parece significativo concluir con la interpretación que de ella realiza su padre, quien la percibe como una niña que está humillada, y hace referencia a su dibujo de un sol pequeño.

En esta verbalización nos llama la atención cómo su padre también es capaz de percibir dificultades narcisistas en la niña; curiosamente, el dibujo del sol se asocia muchas veces a la percepción que tienen las niñas y niños de sus padres. Hija de inmigrantes con un horario de trabajo continuo, Dácil no ha podido contar con tiempo y disponibilidad de sus figuras de referencia para sentirse apoyada y reconocida ante las difi-

También su familia se desespera ante esta lentitud de respuesta de la niña. Para nosotros, a pesar de todo su temor a moverse y a hacer, que Dácil continúe aprendiendo nos parece un factor positivo, porque encontramos que su inteligencia sigue intacta y le permite mantener una actitud de apertura al mundo, dejándose penetrar por nuevos aprendizajes. Encontramos en ello una puerta a la resiliencia y a su capacidad de mejorar; la posibilidad de dibujar, escribir o leer nos permite tener un canal de comunicación posible con ella.

cultades que ha ido encontrando a lo largo de su vida.

Resultados: la intervención psicomotriz con Dácil

Presentamos a continuación cómo se ha ido desarrollando la intervención con esta niña. Ante esta realidad de gran inhibición psicomotriz, nos planteamos la intervención desde la psicomotricidad relacional (Lapierre et al, 2015) en atención individual y con una periodicidad de dos veces por semana. El contenido del trabajo se grabó en vídeo y se transcribió a un diario del investigador. Para el análisis de los datos hemos contado con un observador externo, también psicomotricista, con el que hemos podido contrastar la información y llegar a seleccionar lo más significativo, así como con un grupo de discusión (nuestro equipo de trabajo), con el que reflexionamos conjuntamente sobre la intervención y las dificultades del caso.

Tras el análisis previo de su historia de vida, consideramos que la intervención desde la psicomotricidad relacional, puede ayudar a la niña a reconstruir una relación afectiva de confianza que restituya las heridas narcisistas; en definitiva, una relación de amor incondicional. Con esta finalidad, los objetivos de la intervención han sido los siguientes:

- Generar un espacio de juego que aporte seguridad y amplíe la capacidad de acción.
- Utilizar el juego e intercambio de objetos como creación de un espacio de comunicación.
- Facilitar el encuentro con la mirada de la psicomotricista en la construcción progresiva de una relación primaria de reconocimiento narcisístico.
- Restablecer un diálogo tónico con la niña desde el que pueda vivenciarse el sostén

postural, la aceptación y la contención afectiva, creando una relación corporal de seguridad.

- Por último, una vez restablecida una relación de apego seguro con la niña, es importante para ayudarle en la conquista de su identidad, permitirle ganar confianza y seguridad en sí misma, movilizándolo los juegos de oposición y de transformación de su entorno.

A partir del análisis de su expresividad psicomotriz en la sala durante las primeras sesiones de intervención, rescatamos una serie de parámetros que nos permiten una comprensión más global de las dificultades de Dácil, así como indicadores para tener en cuenta de cara a valorar la evolución de esta intervención:

- En su manipulación observamos una tendencia extraña en su manera de coger, evitando todo el contacto con su mano. Teme sobre todo el contacto en la zona bajo sus brazos, una zona que protege, con gran lentitud en el movimiento y una dificultad para separar los brazos.

Si analizamos la utilidad de los brazos y las manos en el desarrollo de la relación, observamos cómo éstas van asociadas a la presencia o ausencia de la expresión de la pulsión agresiva y afectiva. Con las manos nos agarramos al cuerpo de nuestras figuras de referencia en los momentos de temor, realizamos demandas; con ellas dominamos los objetos y aprendemos sus cualidades abriéndonos a la pulsión de dominio y aprendizaje, y se revelan llenas de nervios sensitivos que permiten la expresión afectiva a través de las caricias. Los brazos pegados al cuerpo y las manos bajas revelan un gran temor a ser contenida afectivamente, a ser tocada o abrazada, así como una anulación de su posibilidad de proyectarse y des-

Si analizamos la utilidad de los brazos y las manos en el desarrollo de la relación, observamos cómo éstas van asociadas a la presencia o ausencia de la expresión de la pulsión agresiva y afectiva. Con las manos nos agarramos al cuerpo de nuestras figuras de referencia en los momentos de temor, realizamos demandas; con ellas dominamos los objetos y aprendemos sus cualidades abriéndonos a la pulsión de dominio y aprendizaje, y se revelan llenas de nervios sensitivos que permiten la expresión afectiva a través de las caricias.

El silencio del cuerpo: la creación de un espacio de comunicación a través de la psicomotricidad relacional

cubrir el entorno en una actitud cerrada a la relación.

- Arrastra sus pies al caminar y su postura es depresiva.

No existe dinamismo en su marcha: cualquier movimiento de Dácil revela un gran es-fuerzo ante cualquier cambio. Su cabeza mira hacia el suelo evitando el encuentro con las personas o los materiales. Caminar refleja simbólicamente la posibilidad de avanzar en la vida, de afirmarse en el espacio, de ir hacia delante; algo que, en este momento, es tremendamente difícil para ella.

- Teme abandonarse en el suelo y, cuando cae, se queda estática con dificultad para recomponer su postura.

La falta de coordinación y movilización del cuerpo refleja una actitud catatónica, necesitando de un tiempo largo para la adaptación. Su inmovilismo y rigidez postural guardan relación con sus dificultades para integrar los cambios y adaptarse a ellos. En psicomotricidad, el suelo refleja nuestra capacidad de abandono y sostén; tiene cualidades regresivas primarias, en la medida en que nos conecta con las primeras etapas después del nacimiento y la relación de dependencia del otro que nos sostenga. El bloqueo de Dácil ante estas situaciones refleja las carencias vividas en el sostén primario. Evidentemente no salta: perder los apoyos le conecta con el vacío, porque no tiene la seguridad de volverlos a encontrar (Aucouturier, 2004; Bick, 1968).

- Es meticulosa con algunos materiales como las telas o los lápices, organiza por colores, junta los animales por familias, mostrando algunos rasgos obsesivos que nos hacen pensar en su angustia de fractura. En su mundo, todo debe estar ordenado y junto.

Muestra temor a ensuciarse, que se refleja en su actitud al tocar la crema, la pintura, la

plastilina o la arena mostrando rechazo, reflejando de esta forma la ausencia de un continente psíquico y una gran fragilidad del yo piel (Anzieu, 2002).

- Mantiene la mirada en el juego, mostrando mayor dificultad en los momentos de calma, donde se siente más invadida por la palabra y la mirada del otro.

Las sesiones de intervención se han estructurado de acuerdo a los diferentes momentos de la sesión que constituyen el encuadre de la intervención: entrada y bienvenida, juego, descanso y representación.

El momento de bienvenida, en el que solicitamos a la niña sentarse dentro de una colchoneta que simboliza el espacio, “la casa” de la psicomotricista. Inicialmente teníamos que guiar a Dácil hasta este lugar y pedirle que se sentara, utilizando un cojín como lugar de referencia. Al no contar con su lenguaje, este momento se llenaba de preguntas y comentarios de la psicomotricista sobre cómo estaba, reforzando su imagen física para mejorar su narcisismo, reconociendo cada ropa nueva que traía, deteniéndonos en el cuidado de su pelo y su cuerpo para que estuviera cómoda, y mostrándole los materiales con los que íbamos a jugar en la sesión. Finalizábamos este momento contando hasta tres para empezar a jugar.

Inicialmente Dácil no respondía a las preguntas, a pesar de alargar la espera y estar pendiente de sus gestos; pero progresivamente, en la medida en que se fue sintiendo más confiada en esta rutina de entrada, fue respondiendo con tímidos gestos que cada vez se fueron volviendo más inmediatos en la conversación, afirmando o negando con su cabeza. Contar uno, dos y tres con los dedos para dar comienzo al momento de juego, necesitó de un acompañamiento y modelo inicial; y, poco a poco, en este gesto fuimos

En psicomotricidad, el suelo refleja nuestra capacidad de abandono y sostén; tiene cualidades regresivas primarias, en la medida en que nos conecta con las primeras etapas después del nacimiento y la relación de dependencia del otro que nos sostenga.

Josefina Sánchez Rodríguez, Talia Morillo Lesme,
Miquel Llorca Llinares

En este espacio inicial procuramos no ser invasivos en el contacto corporal, tratando de ser respetuosos, buscando transmitir a través de las modulaciones tónicas una relación de cuidado y afecto en cada encuentro, intentando llegar a una relación empática y de aceptación.

A partir de este momento, la intervención en psicomotricidad se desarrolla a través del juego espontáneo de las niñas y niños con los materiales propuestos, materiales cargados de simbolismo a través de los cuales interpretar las necesidades vinculares de la niña (Lapierre, et al. 2015).

levantando nuestro brazo para ayudarla a separar el suyo y que tuviera un carácter más expresivo.

Entrar a la sala y ocupar este espacio, teniendo más autonomía para sentarse y ajustar el movimiento, también requirió de mucho acompañamiento inicial y ajuste de su postura, para poco a poco ir dejando llegar de manera autónoma. Al iniciar el trabajo, Dácil se quedaba de pie si no se le pedía que se sentase y se la guiaba para que caminara. Paulatinamente, a medida que interiorizó esta estructura inicial, podía llegar a “la casa”, sentarse y esperar la llegada de la psicomotricista.

En este espacio inicial procuramos no ser invasivos en el contacto corporal, tratando de ser respetuosos, buscando transmitir a través de las modulaciones tónicas una relación de cuidado y afecto en cada encuentro, intentando llegar a una relación empática y de aceptación. En ningún momento de esta estructura pedimos a Dácil emitir alguna palabra, aunque siempre le ofrecemos un espacio para una posible respuesta o sugerencia. Con el propósito de encontrar una relación de mayor implicación, la psicomotricista aprendió a saludar en el idioma materno de la niña, lo cual fue bien recibido a juzgar por su expresión facial.

A partir de este momento, la intervención en psicomotricidad se desarrolla a través del juego espontáneo de las niñas y niños con los materiales propuestos, materiales cargados de simbolismo a través de los cuales interpretar las necesidades vinculares de la niña (Lapierre, et al. 2015). Dácil era incapaz de elegir con qué elemento quería jugar y cogerlo con sus manos; tenía a su disposición telas, pelotas, cuerdas, palos de goma espuma, materiales para construir, muñecos, cojines de goma espuma con diferentes tamaños y formas, dispuestos en diferentes sesiones.

Para acercarse a los materiales requirió de un acompañamiento corporal inicialmente cercano, para luego quedarse en un gesto inicial que la animara a caminar. Para empezar a jugar y señalar con el gesto qué material le atraía más, se requirieron muchas sesiones de espera por la aparición de un gesto sin que nada sucediera; eran momentos de inmovilidad. A partir de estos largos ratos de espera, Dácil comienza a levantar tímidamente su mano indicando un objeto de su preferencia, que cogía la psicomotricista para iniciar un juego desde el que crear un espacio de comunicación, mediante el intercambio del mismo. Con las pelotas intentamos crear sensaciones de sostén del cuerpo, ayudarla a vencer los desequilibrios, y también mejorar su tonicidad y coordinación, proponiéndole, por ejemplo, juegos de lanzamientos y recepciones con la pelota. A medida que iba experimentando con este material, tratamos de sorprenderla rompiendo su rigidez, lanzando varias pelotas pequeñas a la vez, jugando a despistarla, a lanzarla al cuerpo del otro, etc., buscando la expresión del placer por el juego. Uno de sus materiales preferidos fueron las cuerdas, material relacionado con la vinculación; con ellas Dácil se sentía cómoda dejándose llevar y, poco a poco, siendo capaz de guiar a la psicomotricista cuando esta le proponía que era su turno.

Ante las situaciones de provocación, mediante el juego con objetos como los palos de goma espuma, Dácil, aunque presentaba dificultades para expresar satisfacción en sus intentos de afirmación, mejora en el ajuste de su tono y se mantiene en las propuestas cuando se trata de golpear objetos como pelotas o globos. Sin embargo, no consigue expresar mayor pulsionalidad realizando algún juego más claro de enfrentamiento, probablemente, porque su relación trasfereencial con la psicomotricista se estaba creando y aún no era segura.

El silencio del cuerpo: la creación de un espacio de comunicación a través de la psicomotricidad relacional

Dado que de pequeña le gustaba bailar, aprovechamos el uso de las cuerdas o los palos para guiar sus movimientos al ritmo de la música y tratar de abrir sus gestos, separando los brazos y levantando las piernas, dando vueltas, etc.; todo ello intentando encontrar la complicidad, la risa, y dejándole también momentos donde ella tuviese que hacer alguna propuesta.

En ocasiones, aprovechando el carnaval, utilizamos pintura para maquillar su cara y las telas para disfrazarla, ayudándola a perder el miedo a la transformación del cuerpo. Podíamos tocarla mientras ella contemplaba lo que hacíamos, le hacíamos fotos, tratando también de devolverle una imagen suya positiva y bonita que nutriera su narcisismo. Comenzamos también a pedirle reciprocidad, que fuera capaz de ir pintando también a la psicomotricista, evitando que copiara las acciones del otro, lo cual generó en ella las primeras sonrisas motivadas por las expresiones emocionales de la psicomotricista que ayudaban a perder el miedo al ridículo.

Durante este momento de juego, también acompañamos a Dácil animándola a realizar construcciones con cojines, ladrillos, telas, etc., que eran reforzadas desde el reconocimiento de lo que era capaz de hacer, tratando de llenar de matices afectivos este espacio construido que la representa a ella y su vida; ofrecíamos telas bonitas, cojines y materiales suaves que crearan un ambiente cálido y agradable dentro de sus construcciones. Algunas veces también se trató de desdramatizar, conectar con la pulsión agresiva de vida, jugando en ocasiones a tirar, romper alguna construcción que la psicomotricista realizaba para ella. En estos gestos aparecía el temor y la necesidad de acompañamiento.

Además de los juegos con objetos, tratamos también de que durante el juego, Dácil experimentara con diferentes desplazamientos,

por encima de diversas superficies, altas, blandas, duras, ofreciéndole sostén ante sus pérdidas de equilibrio. También se la animaba a irse al suelo en las colchonetas, dando pequeños saltos mientras era sostenida, arrojándola sobre pelotas grandes o material de goma espuma, que le permitiera dejar de mostrar temor a la pérdida de la verticalidad. De nuevo, en todos estos juegos aparece el acompañamiento tónico para transmitirle fortaleza, afectividad y cuidado. Progresivamente fue conquistando la altura, los deslizamientos y el salto, disfrutando más de estas sensaciones cuando se le proponía moverse con los ojos vendados, dejando de tener el juicio de la mirada del otro sobre su expresividad.

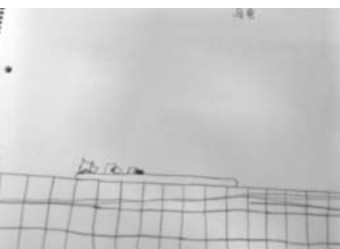
En ocasiones se ríe sin querer y se tapa la boca para que no se le vea alegre. Su expresividad se va haciendo más patente, sobre todo cuando le hacemos jugar con una venda en los ojos. No ver al otro que la mira le ayuda a sentirse más libre y segura, demandando en varias ocasiones jugar con los ojos cerrados cuando se le pregunta cómo quiere hacerlo, disfrutando de ser guiada por otra persona y confiando en ella. Sin sentirse observada, acaba siendo capaz de saltar desde lo alto del plinto. Si lo necesita, pide y se agarra a la mano de la psicomotricista cuando requiere de ayuda.

Dácil tiene una buena respuesta a la imitación: parece necesitar modelos ante su dificultad para hacer algo de manera espontánea. Cuando cuenta con un modelo es capaz de experimentar, lo que le va abriendo a nuevas relaciones con el entorno que le ayudan a ir registrando que puede ser una chica competente.

Con los muñecos comprende el juego simbólico con gestos y los utiliza en respuesta a lo que va haciendo, o pidiendo la psicomotricista para preparar un té, bañar y acostar a una

De nuevo, en todos estos juegos aparece el acompañamiento tónico para transmitirle fortaleza, afectividad y cuidado. Progresivamente fue conquistando la altura, los deslizamientos y el salto, disfrutando más de estas sensaciones cuando se le proponía moverse con los ojos vendados, dejando de tener el juicio de la mirada del otro sobre su expresividad.

Josefina Sánchez Rodríguez, Talia Morillo Lesme,
Miquel Llorca Llinares



Ante los diferentes registros de relaciones corporales, Dácil deja de mostrar temor cuando la tocamos, no subiendo su tono como defensa, como ocurría inicialmente. Para ello, el contacto corporal ha estado presente a lo largo de todas las sesiones, buscando dejar sensaciones de contención y afecto sobre su piel de forma no invasiva.

muñeca, etc. A través de este tipo de juegos puede ir recreando (si tiene una persona que le acompaña y le da modelos) situaciones de cuidado, de maternaje, lo que en cierta medida le puede ayudar a conectar con su propia demanda y experiencia de ser cuidada.

Para finalizar las sesiones poníamos siempre una música tranquila de una cantante de su idioma materno, intentando ayudarla a descansar en un entorno en el que se viera reforzada su identidad. Inicialmente Dácil no descansaba; su cuerpo no se adaptaba al suelo cuando se tumbaba, sino que quedaba en una posición rígida, por lo que fuimos dándole pequeños registros tónicos para que pudiera estar más cómoda y abandonar la tensión corporal. En algunas ocasiones, este momento se acompañó con la propuesta de ponerle crema en sus manos, gesto que ella permitía y nos iba ayudando a construir un yo piel más seguro.

Ante los diferentes registros de relaciones corporales, Dácil deja de mostrar temor cuando la tocamos, no subiendo su tono como defensa, como ocurría inicialmente. Para ello, el contacto corporal ha estado presente a lo largo de todas las sesiones, buscando dejar sensaciones de contención y afecto sobre su piel de forma no invasiva.

Ante la imposibilidad de Dácil para contar qué le había gustado más, inicialmente la psicomotricista desarrollaba para ella una narración oral de lo que había sucedido en la sesión; otras veces se le pedía que señalara lo que más le había gustado. Con frecuencia se realizaron dibujos donde representaba alguna escena de la sesión, siendo el tamaño de los personajes diminuto, lo que podría reflejar su autoestima, de elaboración minuciosa y con un ritmo muy lento de ejecución. Todos sus dibujos se iniciaban con la representación del suelo,

centrada en que cada raya quedara bien definida, poniendo de manifiesto la necesidad de una base de sustentación.

Cada dos meses, aproximadamente, utilizábamos la caja de arena con el objetivo de irnos acercando a sus traumas y mundo interno (Kalff, 1904-1990, cit. en Gonzalo, 2013). Inicialmente sus cajas estaban casi del todo vacías, tomándose mucho tiempo en poner dos o tres figuras, lo que revelaba una vida llena de vacíos y sentimiento de dispersión. Progresivamente estas construcciones se fueron haciendo más complejas, incluyendo elementos resilientes, como escenas familiares de momentos compartidos.

Para contar su historia, ponerle título o poder llevar un pequeño diálogo, Dácil escribía respondiendo a las preguntas realizadas, mostrando una mayor apertura a compartir su mundo interior.

Conclusiones

Esta intervención no ha sido finalizada. Sin embargo, dada la gravedad y profundidad del caso, nos parece importante señalar las aportaciones que se pueden ofrecer desde la psicomotricidad, tanto en el análisis de la expresividad psicomotriz del trastorno de inhibición, como para buscar respuestas ante las necesidades y bloqueos que presentaban estas niñas y niños.

La psicomotricidad relacional se basa en el juego espontáneo del niño, de su iniciativa y su deseo para favorecer el placer del movimiento y acompañarle en sus descubrimientos, aportándole empatía y seguridad. El niño se va reafirmando en su identidad por introyección de una realidad externa más tranquilizadora, que ayuda a la construcción de su mundo interno que, a su vez, por proyección, mejora su imagen del mundo externo.

El silencio del cuerpo: la creación de un espacio de comunicación a través de la psicomotricidad relacional

En el caso de Dácil, ha sido necesario guiar cada acción para poder movilizar después su capacidad de elegir.

Ante su inhibición y su mutismo ha resultado positiva la vivencia corporal, experimentar con pequeños retos le ha permitido ganar confianza en su cuerpo y conectar con vivencias de placer que posibilitan una mayor apertura al mundo. En estos juegos nuestra intención no solo ha sido despertar la sensibilidad corporal, sino también proporcionar al mismo tiempo un sostén afectivo que le devuelva la confianza en las relaciones de apego con los demás.

Ante su bloqueo emocional hemos utilizado juegos en los que tenía que golpear, tirar, subiendo su tonicidad.

En todo este trabajo hemos partido del silencio del cuerpo y de la voz para calmar su angustia, aceptando que los momentos de vacío podían ayudarla a desear salir de esta parálisis emocional. En esta intervención las palabras han tenido un lugar secundario, como apoyo a las vivencias, tratando de encontrar otras vías de comunicación primarias basadas en el diálogo tónico. Los dibujos y la escritura también han permitido romper el mutismo.

En esta investigación hemos encontrado que la mirada es un canal de comunicación que bloquea la expresividad. Utilizar la eliminación de su mirada durante el juego ha favorecido que disminuya su bloqueo emocional, al perder de referencia el control sobre lo que hace y el juicio de valor que puede sentir con la mirada de los otros.

Sintetizando la intervención desarrollada, podemos señalar que, como en el nacimiento, en la sala de psicomotricidad hemos ido construyendo una relación transferencial con Dácil, que puede devolverle la confianza en los otros y en sí misma, rompiendo la

coraza de la inhibición. Hemos tratado de ofrecerle experiencias donde poder sentirse reconocida por el otro y por ella misma para reparar, en la medida de lo posible, las fallas narcisistas, y ayudarla a tomar consciencia de las posibilidades de volver a habitar su cuerpo y construir una identidad basada en la posibilidad de actuar y sentirse bien con lo que hace.

Referencias

- **Ajuriagerra, J.** (1977). *Manual de psiquiatría infantil*. Barcelona: Toray-Masson.
- **Anzieu, D.** (2002). *El yo-piel*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- **Aucouturier, B.** (2004). *Los fantasmas de acción y la práctica psicomotriz*. Barcelona: Graó.
- **Bick, E.** (1968). The experience of the skin in early object-relations. *The International Journal of Psychoanalysis*, 49 (2-3), 484-486.
- **Franc, N.** (2001). La intervención psicomotriz en educación. *Revista Iberoamericana de Psicomotricidad y técnicas corporales*, 1, 5-18.
- **Gonzalo, M.J.** (2013). *Construyendo puentes*. Bilbao: Desclée De Brouwer.
- **Lapierre, A.M.** (2015). La omnipotencia y el sadismo en los niños. Conferencia impartida en el Seminario de Psicomotricidad (Inédito). Universidad de la Laguna.
- **Lapierre, A.M., Llorca, M. y Sánchez, J.** (2015). *Fundamentos de la psicomotricidad relacional*. Málaga: Aljibe.
- **Schmidrig, N.** (2006). El niño inhibido y los posibles orígenes de la inhibición psicomotriz. *Revista Iberoamericana de Psicomotricidad y técnicas corporales*, 23, 51-64.
- **Wallon, H.** (1982). *Los orígenes en el carácter del niño*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- **Winnicott, D.** (1990). *Los bebés y sus madres*. Buenos Aires: Paidós.

En el caso de Dácil, ha sido necesario guiar cada acción para poder movilizar después su capacidad de elegir.

Ante su bloqueo emocional hemos utilizado juegos en los que tenía que golpear, tirar, subiendo su tonicidad.